

Humor:

CONSULTORIO ENTOMOLOGICO DE LA SEA

A.Melic

A solicitud de algunos socios, la S.E.A. inicia esta nueva sección en la que los socios podrán formular todo tipo de preguntas relacionadas con la Entomología y la Sociedad. Que les respondamos, o no, ya es otra cuestión.

¿Cómo surgió el Boletín de la S.E.A.? (A.B.C., Cuenca)

Al principio, fue la Nada.

Luego, algunas partículas elementales o gránulos insustanciales, entes espirituales en el límite de la materia, comenzaron a darse empujones en uno de los extremos de la Nada. De corta intensidad, primero; más bruscos después. Si aquella ceremonia iniciática era ya un rudimento del sexo elaborado o una forma de agresión con connotaciones territoriales, es un misterio. Nada indica que las partículas fueran de distinta clase o diferente naturaleza, ni que la competencia pudiera ser causa del fenómeno. Había espacio de sobra: tanto como es posible encontrar en una zona deshabitada de la Nada, donde, al no existir el espacio, las distancias pueden llegar a ser enormes, si bien, en ausencia de tiempo, pueden recorrerse con gran rapidez. La zona era igual a cualquier otra. Salvo por la presencia de las partículas. Algunas teorías sostienen que las partículas se encontraban solas y que sus contactos (un tanto burdos) fueron el mecanismo que les permitió iniciar una especie de rudimentaria comunicación no verbal, quien sabe si amistosa, agresiva o de simple relación. Eran primitivas partículas insustanciales, no lo olvidemos. Sean o no válidas estas explicaciones, lo cierto es que en una de aquellas relaciones saltó una minúscula chispa de energía tal vez por los nervios del momento. Algo tan intrascendente, que hubiera pasado desapercibido en cualquier otra circunstancia, pero que allí terminó revolucionando la situación para siempre.

Inicialmente, esa energía pasó el rato recorriendo la Nada de extremo a extremo, pero terminó por aburrirse (como no existía rozamiento, no se consumía). Mientras, las partículas comenzaron a cuchichear y hablaron de Entropía y otras cosas parecidas. Por fin, la energía, decidida a sentar la cabeza, procedió a transformar su carácter volátil e irascible por otro más sosegado y estable. Y apareció la Materia y, con ella, los impuestos, Silvester Stallone y el Boletín de la SEA (aunque esto, ocurrió, en realidad, bastante después).

¿Con lo complicadas que son las Claves dicotómicas cómo puedo estar seguro de la identidad de una especie? J.I.Ota. (Madrid)

¿Existe China? Los libros dicen que sí, que se trata de un país enorme lleno de chinos, que una muralla la rodea (o la protege de los bárbaros), que ciertas especies de Carabus de la zona tienen coloridos impresionantes, protuberancias impensables para la mente de un entomólogo europeo, que ríos de colores la cruzan, que la sangre de sus jóvenes ciudadanos es roja, como la nuestra y que, alguna vez ha parado tanques. Sé que mi viejo atlas la pintaba de amarillo limón y poblada de nombres impronunciables. Recuerdo haber oído de niño -hace ya mucho tiempo- que sus habitantes eran comunistas, y recuerdo haber pensado que debía tratarse de una enfermedad maligna y exótica. Recuerdo también a un tal Fu-man-chú que decían era de allí, un chino malvado de largos bigotes que nos asustaba en las sesiones infantiles de cine de barrio y luego, más tarde, a otro chino -éste bueno- que daba unos palizones de espanto a un montón de americanos malos, ya en la televisión.

Pero con todo, sigo preguntándome: ¿existe China de verdad? ¿Cómo saber que no se trata de una ficción? ¿Cómo estar seguro de que no es una broma de los medios de comunicación como cuando a finales de diciembre nos cuentan una inocentada de 24 horas? ¿Y si China fue inventada por los vencedores de la guerra mundial, o cualquier otra anterior, para justificar el inicio de la guerra fría aprovechando algunas fábulas sin fundamento ideadas por Kafka o las fantasías de Marco Polo?

Sí, entre nosotros, hay muchos chinos, pero ¿quién distingue a un asiático de otro? Si yo fuera a China (en el caso de que existiera) ¿cómo iban a descubrir que les engañaba al decir 'Soy Borfio, de Karjovia'? Mirarían mis papeles y no entenderían nada; igual que me ocurre a mí con sus símbolos. Estoy seguro que son una ficción. Más aún: que se los inventan conforme los escriben.

Algunas personas dicen que han estado allí, que es un país enorme lleno de chinos, con una muralla, bla, bla, bla. Pero ¿Y si me están engañando con algún oscuro propósito? ¿O si los engañaron a ellos? Tal vez los llevaron a Corea, a California o a Mongolia (supuesto que estos lugares existan de verdad). En las fotos que todos traen, la muralla parece un viejo decorado de Hollywood, las ciudades y paisajes son iguales a cualesquiera otros y los recuerdos que muestran con orgullo son vendidos cada dos años en El Corte Inglés, en la campaña de 'Oriente'. Nada concluyente, pues.

Por supuesto: la solución sería ir a China. Pero está muy lejos (en los mapas) y el hecho de que sospeche de su inexistencia me impide pagar, por una cuestión de lógica elemental, el impresionante precio que exigen las agencias de viajes.

Así pues, sólo existe una solución: que me traigan China. Eso sí, que la traigan entera; nada de planos, croquis o fotografías. Nada de libros -ja saber quién los escribió, cuándo y por qué!-, nada de documentos, aunque tengan el sello de la fe pública imperial y análisis grafológicos de la firma del Mandarín asegurándome que existe, que es real. No quiero testimonios personales (¿quién puede fiarse de nadie? ¿qué busca el que afirma? ¿qué pretende el que niega? ¿por qué otorga el que calla?). No quiero más dudas: quiero China y quiero, de paso, que Karjovia, el lugar donde yo nací, aparezca de una vez por todas en los mapas.

¿Por qué el hombre es el único animal inteligente? F.E.Ciega.(Barcelona)

El diplodocus contestó: Señor, te agradecemos el regalo pero no podemos aceptarlo. Lo que nos propones es un compromiso excesivo para nosotros, simples bestias ignorantes.

Un vago presentimiento -al que, por comodidad, convendremos en llamar instinto- nos indica que la generosa oferta formulada trae consigo innumerables ventajas (no previstas en el plan inicial de la obra) que en absoluto despreciamos y que, en conversaciones privadas, solemos reivindicar con un cierto apasionamiento. Sin embargo, una cosa es charlar a nuestra manera y otra muy diferente hacerse cargo del regalo y asumir las enormes responsabilidades que su titularidad conlleva. Hemos sopesado todos los aspectos de la cuestión y nos parece

más prudente continuar como hasta ahora, a pesar de nuestras limitaciones.

Conste que soy un mero mensajero, el heraldo inocente de una mala noticia que se limita a transmitirte el acuerdo adoptado por todos los animales en asamblea. En realidad, casi todos. Uno de nosotros, el más vanidoso según criterios ampliamente contrastados, el que suele cubrir su desnudez con esa prenda horrorosa con habitáculos ocultos a los que llama bolsillos y que tiende a llenarlos de los más absurdos objetos, votó a favor de aceptar el ofrecimiento. Los demás, excepto los simios -que se abstuvieron tras un interminable debate- votamos en contra. Finalizado el recuento, el mamífero humano se enfureció terriblemente con el resultado y lanzó burdas acusaciones respecto a la honorabilidad del tribunal que excuso reproducir, pues sé lo que te desagradan ciertos comportamientos. El bochornoso espectáculo que ofreció, impropio de un animal, nos forzó a adoptar la decisión de expulsarlo de la Asamblea, a lo que respondió arrancándose las extrañas vestiduras para mostrarnos sus genitales -lo cual hacemos con absoluta naturalidad entre nosotros, los animales- y comenzó a tirarnos piedras e insultarnos. Gritó, colérico, que pagaríamos la afrenta y que antes o después se vengaría de nuestra naturaleza animal y cobarde, como si la suya fuera diferente. Luego, se alejó mascullando palabras ininteligibles.

No nos preocuparon sus reacciones; al fin y al cabo se trata -y disculpa mi franqueza- de una de tus creaciones menos logradas y es el sentir general que cuando se ponga en marcha el asunto de la ley de la evolución y selección de las especies, desaparecerá de la faz de la tierra sin dejar descendencia ni señal de su paso, convertido en una más de esas ramas biológicas que llevan a un callejón sin salida y que tanto proliferan últimamente.

Te devolvemos, pues, el obsequio. Acógelo de nuevo en tu seno, del que nunca debió salir, pues si bien es digno de tu naturaleza, no lo es de la nuestra. Su uso fugaz, que tan adecuadamente me permite expresarme en estos momentos, nos ha dado la oportunidad de valorarlo, apreciarlo y rechazarlo.

Aquí termina mi alegato, no sin antes rogarte clemencia para mí y mi especie (como te decía, un simple correo elegido al azar) y apuntarte modestamente que la posibilidad de hacerle el regalo a él sólo -todos damos por supuesto que a nadie podría ocurrírsele- sería un disparate temerario. Como nosotros decimos -bromeando- una auténtica animalada.

¿Por qué hay tantas polémicas en el Boletín de la S.E.A.? A. Burrido Sincuento (Zoological Records)

Hace mucho tiempo, un sacerdote misionero, llegó a un poblado pagano en plena jungla. Es un martes del siglo XV ó XVI. Los salvajes, un poco asustados por su extraña combinación de ropajes (especialmente los calcetines y corbata) y demás símbolos portados por el misionero, llevan a cabo la ceremonia de propiciación ante sus tótems, consistente en mostrar entre risas sus partes pudendas y tirarle piedras a un leopardo o a cualquier otro animal que tenga la desgracia de pasar por allí. El sacerdote -horrorizado por la bestialidad de sus ritos ancestrales (amén de muy asustado por la presencia del leopardo)- emprende la tarea de salvar las almas de aquellos bárbaros.

Inconscientemente monta su tienda de campaña en el terreno destinado a letrinas del poblado y provoca un cierto desasosiego en los miembros de la tribu, que esa noche no pueden evacuar. A la mañana siguiente, reúne al poblado en una planicie cercana y lleno de fervor religioso intenta levitar para atraer la atención de los paganos. Ellos hacen lo mismo y el efecto se pierde. Decide, pues, contarles los secretos de su religión sin que los salvajes apenas entiendan nada y, aburridos, terminan celebrando una nueva ceremonia de propiciación a sus tótems. Esta vez la paga un perro.

La fe de hierro del sacerdote no se resiente por el fracaso y unos días más tarde hace un nuevo intento utilizando el lenguaje del cuento y la metáfora a través de la mímica. Como sus dotes dejan bastante que desear, la tribu

adquiere un vago conocimiento del teatro kabuki, pero sin entender el argumento y para celebrarlo buscan sin suerte (para ellos) algún animal en las inmediaciones.

Irritado y humillado por las burlas, con la sangre hirviéndole en las venas, les habla de su dios en términos terribles: castigo eterno, fuego, muerte, maldición, tabú y condenación. Por fin, los infieles se sienten aterrizados e imploran el perdón, solicitando urgentemente una fórmula para salvarse. El misionero se apiada de ellos y los convierte a su religión.

Sí, pero ¿por qué hay tantas polémicas en el Boletín de la S.E.A.? A.B.S.

El Dios, o sencillamente dios, como le gustaba que le llamaran, era, por supuesto, bueno, justo y muy limpio y decidió regresar a la Tierra -en realidad, venir por primera vez- adoptando para ello forma mortal. Primero lo hizo como leopardo, pero llegó en mal momento y tuvo que salir corriendo. Volvió -esta vez sí- con forma humana dispuesto a evitar que sus fieles lo fueran por miedo. Una vez en el poblado, los reunió y les habló de la bondad y del amor, de la justicia y de los derechos civiles que con el tiempo llegarían. Los paganos -un poco cansados de tanto discurso- desconfiaban y movían la cabeza apesadumbrados. Como quiera que dos de ellos se dieron un cabezazo hubo que llevarlos al brujo para una cura de urgencia y el mitin se suspendió para otro día. Mientras tanto, el sacerdote, receloso del extranjero y temiendo que se tratara de un hereje o un demonio disfrazado, convocó una nueva reunión a las dos de la madrugada que enfureció bastante a la tribu. El temor que les infundía el misionero, no obstante, les hizo acudir entre bostezos. El religioso habló con terribles palabras y acusó al extranjero de mentiroso, de blasfemo y de tener relaciones con los enemigos de su dios. Gritó al cielo pidiendo un castigo fulminante para aquellos cobardes que consintieran que su dios fuera ultrajado. Los gritos despertaron a dios -dormido debajo de una palmera a las afueras del poblado- y acudió a ver qué ocurría, pero se perdió en la oscura selva.

Muy bien, de acuerdo, pero insisto: ¿quiere alguien explicarme qué tiene esto que ver con las polémicas del Boletín? A.B.S.

Como era dios, hizo que saliera el sol para no hacer el ridículo ante sus fieles o meterse accidentalmente en la guarida de alguna fiera.

En ese instante, el sacerdote cayó de rodillas dando gracias a su dios por la señal: en un milagro sin precedentes el astro rey inundó el cielo con su luz en plena noche. Era, sin lugar a dudas, la aprobación divina. La autorización para el holocausto.

Dios encontró el poblado y preguntó qué pasaba. El sacerdote saltó sobre él y se inició una pelea entre ambos. Cuando los separaron ganaba dios (su forma mortal) por tres asaltos a uno. Encolerizado, el sacerdote amenazó a los salvajes utilizando un lenguaje procaz impropio de un hombre de la iglesia. Harto ya de tanta amenaza, dios perdió los nervios durante un instante y fulminó con una chispa de energía cósmica que rondaba casualmente por allí al misionero, que quedó hecho un amasijo de carne chamuscada. Entonces -qué complicada es la vida, lo digo siempre- los salvajes, convencidos que el extranjero había matado al misionero por decir la verdad, lo atacaron por sorpresa y le rompieron el cráneo. Dios no murió, claro, pero sí su forma mortal, así que lo dejó correr.

Los salvajes se olvidaron de todo enseguida y continuaron con lo que realmente les gustaba: sus ceremonias de propiciación a los tótems.

Los perros huyeron despavoridos, maldiciendo vagamente la mala suerte que les perseguía desde un tiempo inmemorial en que quedó marcado su destino como seres irracionales.